

## II certamen de narrativa breve – Municipio de Casas Bajas

### EL AYER PERDIDO

Quiero retroceder, regresar tras los pasos de la infancia. Conceder cuerda triste de cangrejo al relato de nuestros días y revivir otra vez los tiempos ya casi olvidados.

Retrocedo, vuelvo lentamente, me roza con dulzura la nostalgia, me acaricia levemente el primer recuerdo. De los remotos confines de la memoria surjo convertido en niño. En uno de los rincones más apartados de la evocación, aparezco sentado en la silla baja, junto al fuego de la lumbre, en la cocina de casa. Acurrucada al calorcillo, duerme la gata blanca.

Tomo un palo encendido del fuego y me entretengo dibujando círculos luminosos en el aire.

Madre me dice:

—Deja el palo y ven a la mesa a almorzar.

Mi hermano Miguel, más pequeño que yo, lloriquea en la alcoba. Madre corre a su lado y mece la cuna suavemente hasta callarlo.

Los días pasan lentos, alegres. Vamos a la escuela. Y luego, correteamos por las calles entre gallinas sueltas. Jugamos en la plaza y en las eras, entre los montones de paja. Corremos por las afueras del pueblo tirando piedras, cazando lagartijas por las tapias de los corrales, persiguiendo perros y apedreando gatos. Peleamos entre carreras y caídas, brincamos y trotamos hasta caer sudorosos y exhaustos a la sombra de los olmos que crecen junto al río. Aquellos olmos que conocieron nuestros juegos y nuestros sueños de niños.

Remontamos las riberas del río tras el vuelo rítmico de raudas y multicolores mariposas. Nos metemos descalzos en el remanso, con las sandalias en la mano y el agua hasta la rodilla, a pescar cangrejos y renacuajos. Era nuestro río. El río que arrastraba cauce

abajo nuestros sueños y que tanta regañina nos valió al regresar a casa: desastrados, descalzos y mojados.

Creemos sanos y fuertes. Pues nunca faltaron en casa las tajadas de tocino y las buenas sartenadas de gachas. Somos felices. Tú Juan eras el hermano mayor, yo el mediano y Miguel el más pequeño. Y aquellos otros amigos con los que jugábamos. Chicos, como nosotros, vestidos con raídos jerseys y pantalones cortos, cuyas siluetas se difuminan como nubes huidizas por el cielo oscuro de mi memoria.

Años después, nos marchamos. Emigramos a las grandes ciudades. Las chicas a servir. Los chicos a trabajar en las fábricas. Queríamos ser libres y disfrutar de la vida. Sucedió cuando empezó a soplar aquel viento embrujado que lo arrastró todo consigo. Aquel viento de hechizo que nos arrastró en todas direcciones. Nos arrancó como árbol sacado de raíz. Y nos arrebató nuestros días infantiles. Tú fuiste uno de los pocos que resististe la furia del vendaval. Te opusiste con firmeza, emprendedor, con la clara determinación de quedarte en el pueblo para siempre. Tú, Juan, mi Juanito, entrañable hermano, compañero inseparable de la infancia. Pero a ti el destino te había reservado un camino diferente, un viaje sin llegada ni retorno. Tu vida corrió hacia algún lugar del que jamás se regresa.

Dicen que el secreto de la felicidad está en contentarse con lo que se tiene, con su suerte y su destino. Si esto es la felicidad, éramos enormemente felices. A pesar del duro trabajo.

—La verdad, no podemos quejarnos —dice padre—. Tenemos nuestras tierras, una partida de ovejas, el corral lleno de gallinas y conejos, y en nuestra mesa nunca falta el pan.

—No nos podemos quejar —repite madre.

Y nosotros, creciendo y creciendo. Sanos, fuertes, felices.

—Los hijos son la mayor felicidad de la vida —dice madre viéndonos crecer así.

Juan, al ser mayor, sale ya con padre al campo a faenar. Yo voy a la escuela. Y Miguel, tan chico todavía, hace la felicidad de todos.

Nos levantamos al amanecer. Pero cuando nos levantamos, madre ya tiene preparada sobre la ancha artesa una masa blanca, suave y esponjosa que moldea para hacer panes mullidos y redondos como ruedas de molino, y los lleva al horno a cocer.

—Hala, Antonio —me dice madre—, date prisa, no vayas a llegar tarde a la escuela.

Vacío el agua del cántaro sobre el palangana, la pongo encima del palanganero y me lavo la cara y las manos. Tomo la Enciclopedia Álvarez, la meto en la cartera y salgo camino de la escuela

Padre y tú estáis en el tajo. Tú dejaste pronto de ir a la escuela para salir con padre al campo a trabajar.

—Pero si es un crío todavía. En la escuela es dónde debería estar —dicen unos.

—No creas, edad ya tiene. Más jóvenes éramos nosotros cuando agarramos el par —opinan otros.

Esto te lo cuento ahora que ya no estás. Porque quiero evocar contigo los días alegres de nuestra feliz infancia. Quiero recordar la tierra recién regada por la lluvia, el rocío de la hierba en la mañana y el cielo azul y ardiente con el sol ardoroso del verano. Días felices que no volverán.

Todo sucedió en aquellos días, cuando sopló de repente el viento del progreso. Y llenó las casas de radios y televisores, y otros aparatos que se accionaban con sólo apretar un botón. Aquel viento que irrumpió en los campos con estridentes zumbidos de motores. Máquinas y tractores invadieron las desiertas sementeras, vacías ya de relinchos de mulas, de mozos que les canten, de gorjeos deavecillas...

Quiero recordar los desvanecidos campos, árboles y ríos de la niñez perdida. Tu desvaída silueta corriendo entre los campos amarillos de trigo bajo un cielo muy azul surcado

de pájaros. Pero no puedo olvidar tu pálida figura inerme en la soledad de la campiña, aprisionada bajo el amasijo de chapas y hierros retorcidos. No puedo dejar de lamentarme. Por ti, por madre, que ya no estáis aquí. Por padre, por Miguel, por mí, por todos nosotros que, a pesar de estar todavía en el mundo de los vivos, hace tiempo que dejamos de vivir.

Quiero recordarte, ahora que tú no estás aquí cuando regresamos en vacaciones. Cuando hastiados del tráfico y la contaminación de la ciudad, volvemos en busca del antiguo hogar, del fervor que todavía conservamos al pueblo abandonado. En busca de los tiempos que no volverán. Tras los días perdidos del ayer lejano. Tras las hullas profundas e insondables que dejaron en nosotros los pasos de la añorada infancia.